

siguió: Te hubieras muerto de hambre... muerto de hambre, Soledad, sin algun amigo ó alguna esperanza en este anejo mundo. Te moririas sin amparo, sin que nadie te hiciera caso, á la puerta del que has abandonado... por tu marido.

Estremeci6se Soledad de pi6s á cabeza, no ya por las palabras que oia, sino por la extraña expresion de los ojos y de los labios del que las proferia.

—Cuando yo te saqué de tu casa, de tu palacio, sentia yo, Soledad, bullir en mi pecho el amor de un hombre bisoño en el mundo y no impuesto aun á las penas y á los trabajos. Hoy, en este momento, daria yo un ojo de la cara por verte allá otra vez como antes. Separarme de tí, Chole, no volver mas á verte, ó descansar en tu regazo y escuchar tu suave voz cuando la cabeza se me parte con el fastidio y el bullaje de la maldita farsa aquella... ¿Quieres irte de mi lado? ¡Por Dios que te vayas!

—¡Irme de tu lado!...

—Oye, Soledad; ¡escucha lo que te digo! Si la mano que estás ahora acariciando y empapando con tus lágrimas estuviera adiestrada en el delito y estuviera teñida con la sangre de un prójimo... ¡Ay! ¡te estremezco y pierdes el color, y retrocedes!... Si yo te dijera ahora que yo era un demonio, caminando mano á mano por la tierra con un ángel, y que yo habia sido tan delincuente que no era merecedor ni de que me miraras á la cara ni de que me dieras á oír tu voz, ¿no me despedirias, dí, no me despedirias de tu lado?

—¡Quién habia de creerte!

—Sí, ya lo sé; te estarias firme á mi lado mientras hubiera penas que partir conmigo; pero cuando hubiera delitos... ¡entonces no! ¡Entonces no, Soledad!

—Y profiriendo estas palabras qued6se mirándola Pablo con ojos de celosa sospecha.

—¡No, cielo mio! contestó sollozando la jóven. Estaria siempre á tu lado, aunque Dios me deparara miseria ó bochorno. Solo con la muerte puedo separarme de tí... Y ¿por qué me atormentas con esas cosas?

—¡Por qué? ¡Porque quisiera despedirte de mi lado! exclamó él con una vehemencia tanto mas exagerada que no le salia del corazon. ¡Vete, mujer, ya no te quiero! ¡Vete, vuélvete á tu casa! ¡Apártate de un hombre á quien ya cansas y fastidias!

Soledad levantó los ojos y mir6le un rato de hito en hito, pero como dudando de lo que decia él. Pantoja tenia arrugado el entrecejo y por debajo de las largas pestañas despedian fuego sus ojos.

Soledad dió un leve quejido y cay6 á los pi6s de Pablo.

—He hecho cuanto de mi parte estaba, dijo él entre dientes.

Y tendiendo los brazos levant6 á Soledad del suelo y bes6 una y mil veces con amante frenesí sus mejillas y su frente, empapadas en frio sudor.

—No quiere apartarse de mí, prosiguió en voz baja... Dios es testigo... ¡Adorada Soledad! ¡mi esposa única y querida! ¡Oye, oye cómo me desdigo de las bárbaras palabras que proferí!

No respondió ella: sí solo levant6 sus ojos á verle y con aquella mirada de cariño inefable comprendió él cuán vanos habian sido sus esfuerzos y cuán poderoso el amor es.

En esto dej6se oír por fuera un rumor de pasos. Un niño, empujando la puerta, entr6 brincando en el cuarto y corri6 abrazarse de Soledad.

—Tengo que irme ya, dijo Pantoja poniéndose en pié. Tuerce la llave y no salgas mientras esté yo fuera. Perico, quedate aquí con tu madre.

—Llévame, dijo el muchacho llegándo-

se á él y jugando con las doradas franjas de su tunicela. Quiero verte otra vez montar la Veloz y brincar los aros... otra vez y no mas. ¡Ay, mamá! ¡es tan chulo!

—¡No, no! exclamó con impaciencia Pablo; aquel no es lugar para tí. ¡Vamos, vamos, déjame ir!

—Pues llévame allá donde Castellano se columpia, tenac6 el muchacho. Quiero ver á Castellano columpiarse.

Hizo Pablo un gesto de disgusto, y deshaciéndose de las manos del muchacho, profiri6 entre dientes quién sabe qué imprecacion, y tom6 la puerta.

—Pues déjame tu navaja, dijo Pedro brincando tras él y asiéndole otra vez de la ropa.

Pantoja le tir6 al suelo la navaja y baj6 precipitadamente á la calle.

Ech6 á andar Pablo, y entr6se en una casa á manera de meson, en cuya puerta habia una ancha tabla que tenia este rótulo: CIRCO OLIMPICO: col6se luego en un cuarto, especie de caballeriza, donde estaban reunidos sus compañeros, y agarr6 de la brida, como para montarla, una yegua primorosa que se hallaba allí, ensillada y enfrenada.

—Maestro, maestrillo Pablo, dijo uno de los huéspedes de aquel aposento, separándose de los demás y dirigiéndose á Pantoja con sonrisa de burla en los labios; me estaba gustando bastante la Veloz.

—Tiene muy apretada la cincha, dijo Pablo, sin atender á las razones del que le hablaba.

Per6 el payaso, pues tal era el oficio que en la compañoa desempeñaba el que le habia dirigido la palabra á Pantoja; el payaso, decimos, dando á entender no ser hombre que se dejase desairar, se acerc6 mas y mas á la yegua é hizo ademan de llevarle la mano á las pequeñas orejas, que el animal tenia echadas á la saz6n para atrás en seña de ira.

—¡Vas á espantarla! dijo con impaciencia Pantoja; hazte á un lado.

El payaso se puso á dar corcovos con fingido terror, tir6se al suelo, patale6 é hizo tales gestos que sus compañeros rompieron en estrepitosas carcajadas.

Pantoja era, así por su educacion como por su linaje, superior al oficio que habia abrazado: mirábanle por esto sus camaradas de reajo y con envidia, y si bien ninguno se atrevia á desmandarse particularmente con él, todos ayudaban sin embargo al compañero que le provocaba.

—Estamos de mala cara esta tarde, maestrillo, dijo adelantándose otra vez con sorna hácia Pablo. ¡Estamos enamoriscados ó entrampados? ¡Si se nos habrá volado el chulo pájaro, aquel que tenemos tan cuidadosamente enjaulado!

—¡Silencio! dijo Pantoja volviéndose á su molesto interlocutor con una cara tan iracunda que hizo cambiar de tono al payaso. ¡Cállate, bestia!

—Por mi nombre me has llamado, repuso aquel haciendo con sorna una reverencia y sonriéndose con una rabia y malignidad mal disfrazadas. Nunca te he contado yo que tenga á baldon mi oficio.

—Vamos, salt6 otro de los compañeros acercándose paso á paso: tú, Andrés, hazte á un lado y déjame arreglar un asunto que tengo pendiente con el patroncito.

—¡Ay! ¡ay! grit6 el payaso, haciendo una mueca muy expresiva. Y dando brincos y traspies se ausent6 por otra puerta.

El sujeto que habia interrumpido al payaso era un hombre chico y de pocas carnes: como los de su profesion, estaba vestido con telas de diversos colores y salpicadas de lantejuelas y otros adornos falsos. El pelo, contra la costumbre de los volatines, le traia cortado á panderete, dejando totalmente á la vista una frente baja y sensual y unas orejas anchas y tan largas que colgaban como las de un ani-

mal. Lo achatado de sus narices, lo saliente de sus juanetes, lo grueso y encorvado de sus labios, lo pequeño de su ojo pardo, que brillaba por entre unas pestañas espesas y colgantes, y sobre todo lo extraordinariamente largo de sus brazos le daban una semejanza mas bien á una especie de la tribu del mono, que á un ser humano.

—Mis pesetas, Pablo: te juro que no he de aguardarme mas.

—Mañana, contestó Pablo con ronca voz y agachándose como para apretar la cincha de la silla.

—¿Sobre tu palabra? replicó Castellano con ademán de incredulidad.

—¡Ay!... ¡Déjame en paz!

Castellano dió media vuelta y se fué silbando.

Pantoja, volteando sobre la silla, aguardó allí el momento de presentarse ante el público.

CAPITULO II.

EL COLUMPIO.

Una, dos y tres veces brincó Pantoja los aros, en pié sobre su fogosa cabalgadura, tocando apenas la silla con su ligera planta y sueltas las riendas de la preciosa yegua.

La concurrencia, complacida con el donaire del maromero y admirada de la gracia y limpieza de su ejecucion le saludaba y aplaudia con gritos y palmadas, á que él correspondia como es de regla en la cortesanía de los volatines, con reverencias y amables sonrisas: en el hermoso semblante del aplaudido y gozoso cirquero, nadie hubiera sido capaz de descubrir el mas leve indicio de pena ó ira.

Dos veces mas, por dar gusto á los espectadores, brincó Pantoja el aro, y á la segunda, dando un salto por encima de la valla, desapareció con su yegua, en medio

de nuevas y prolongadas aclamaciones. Luego que hubo entrado al aposento en que le vimos poco ha, brincó de la silla, jadeando, empapado en sudor y agitado el corazón: echóse sobre un taburete, apretó convulsivamente los labios y tapóse con ambas manos los ojos.

Un chubasco de aplausos anunció luego la salida de Castellano al patio, que saludó él con una bufonada: Pantoja, no bien hubieron herido sus oídos los palmoteos, brincó de su asiento y entreabriendo una cortina encarnada que daba vista al patio, se mantuvo allí de pié firme, temblando sí, pero sin mover un momento los ojos como atraído por una horrenda fascinación.

A una considerable distancia del suelo, y asegurada en cada extremo por gruesos ganchos, colgaba, pendiente de dos robustos maderos, una gorda cuerda destinada á servir de columpio. Arrimóse á ella Castellano, y cuando trepado sobre los hombros del payaso, la sacudió para probarla, el hombre que sin ser visto espía por entre la cortina encarnada, se dobló como un carrizo y escurrió abundante sudor de su frente.

Dió Castellano una voltereta, voceó el público y vióse al ágil volatin asentado con donaire y confianza sobre el columpio que ya comenzaba á moverse de uno á otro lado. Y con un mirar en que se leía una ansia horrible, crujiendo los dientes y con las manos enclavijadas de tal suerte que se enterraban en la carne las uñas, Pantoja asomó la cabeza y clavó la vista.

Quien hubiera podido penetrar lo que pasaba en el interior de Pablo, habria sin remedio creído que estaba demente.

La cuerda empezó á ondearse suavemente.

De pronto aceleróse su movimiento. Y fué acelerando mas y mas hasta el pun-

to de llegar el temerario volteador, en su vuelo, á ponerse casi en línea horizontal con los altos postes que sustentaban la cuerda; y estimulado alternativamente por los estrepitosos aplausos y por el mudo terror de los espectadores, siguió meciéndose con mas y mas furor.

Ora surcaba los aires colgado de una sola mano, ora suspendido de los piés. De repente un grito de horror, remedado al punto por el payaso, se dejó oír por el lado del aposento donde se hallaba Pantoja.

—¡Qué temeridad! exclamó uno de los circunstantes contiguos.

Y á esto, con la espantosa rapidez de una bala arrojada por la boca de un cañon, el cuerpo del volatin, rebotado por la pared del patio, vino á estrellarse contra el suelo, donde quedó tendido sin movimiento y sin aliento en tanto que la cuerda á que aun estaba asido yacia partida á su lado.

No se percibió una sola voz ni se vió mover á nadie de entre el crecido concurso: todos los espectadores parecian penetrados de indecible horror; mas rompiendo el solemne silencio, oyóse de repente un chillido horrendo y penetrante, tras el cual, brincando apresuradamente de sus asientos, el gentío corrió á agolparse en torno del cadáver.

Levantáronle del suelo y miráronle con afán. ¡Horrible vista! En los empañados ojos no se encontraba señal ninguna de vida, tampoco en su descoyuntado cuerpo; mas de entre sus amoratados labios brotaba poco á poco una espuma roja y por en medio de la frente veíase ennegrecerse y anudarse por momentos una sola vena.

—¡Acabó! dijo entre dientes uno de los circunstantes, al tiempo que cesó del todo aquella leve señal de animación. Esta palabra pasó de boca en boca, pero preferida tan quedo, que apenas se oyó como

un ligero murmurio en medio del general silencio que allí hacia.

El marido de Soledad Pantoja, desde su especie de escondite, seguia mirando lo que pasaba; pero no ya retorciéndose y gesticulando cual antes, pues su rostro parecia mas bien de una estatua de mármol que de una humana criatura, no habiendo nada en ella que indicara la vida, fuera de dos ojos que despedían fuego, fuego extraño y terrible.

No parecia sino que un demonio, introducido en el molde de un ángel y oculto dentro de su hermosa caja, anunciaba su horrenda presencia asomando sus ojos por entre los huecos de los ojos del molde.

Fuése dispersando la concurrencia, poco á poco primero y en montones después; pero él no se movió: aun no faltó quien le llamara por su nombre, mas él permaneció sin poderse quitar del sitio.

Sintió algo que le rozaba el hombro y un ligero relincho hirió su oído: volvió la cara y percibió junto á sí á la Veloz con sus ojos oscuros clavados en él.

Aquel manso y precioso animal le despertó de su horrible embeleso, pues que arrojándose al suelo con un movimiento de ira, Pantoja se quedó allí tendido, convulso y con ansias de muerte; y mientras, la pobre yegua, que de su mano habia recibido siempre el sustento y que le queria cuanto sabe querer un irracional de su especie de ella, se mantenía arrodillada á su lado, restregando el hombro de su amo con su suave cabeza.

En esto oyóse Pablo vocear, y brincando sobre sus piés trató de serenar su semblante: luego que lo hubo logrado, echó á un lado la cortina, y entró, pálido como un difunto, en el aposento donde los demás se hallaban.

Como dejamos dicho, la concurrencia se habia dispersado. El cadáver habia sido

puesto sobre un petate que varios de la compañía llevaban cargado á la puerta.

—Danos una mano, Pantoja, dijo la voz que poco antes le habia llamado; tú eres el que tienes mas pujanza.

—Yo no, contestó él volviendo á un lado el rostro para ocultar el terror que le tenia desfigurado. Ví el suceso... y estoy muerto de horror.

Algo habia en su acento que impusiera silencio; pues ellos sin mas chistar, siguieron adelante, dejándole allí á solas con el payaso.

—¡Qué horror! exclamó por lo bajo Pantoja, despeluzándose.

—¡Qué horror! repitió el bufon.

Luego, después de una breve pausa, levantando los ojos y mirando de hito en hito á Pantoja:

—Se reventó la cuerda, á lo que parece, prosiguió. Una cuerda, un cable tan fuerte.... ¡increible es!

El otro no despegó sus labios.

—Ya saliste de tu deuda, maestríto, siguió diciendo el payaso, jugando al desgaire con la cuerda. Ya saliste de tu apuro.

—No hables de eso, dijo Pantoja con voz ronca y retirándose.

Una exclamacion de su compañero le hizo volver pié atrás.

—¡Cosa extraña! dijo el payaso, examinando atentamente la cuerda. Aquí hay una gota de sangre..... una no mas, cabalmente donde se reventó, cerca del palo.... ¿Cómo vino á dar aquí esta sangre?

—Cayó del cuerpo, dijo entre dientes Pantoja.

—No sangró el cuerpo mas que de la boca, donde la sangre estaba revuelta con la espuma, y no podia haber dejado una mancha tan encendida.

—Tú estás dando mucha importancia á una friolera, dijo Pantoja con impaciencia.

La mancha esa puede tener mil explicaciones; tal vez ni es sangre.

El compañero no replicó: tiró á un lado la cuerda como hombre á quien habian hecho fuerza las razones de Pablo; pero de repente se agachó y levantó del suelo una cosa brillante que al parecer habia caido de la misma cuerda.

—¿Qué es? preguntó Pantoja.

—Nada; un pedazo de galon ó una lan-tejuela, á lo que creo, contestó con calma el otro. Luego, dirigiéndole una rápida ojeada:

—Tienes una cortada en un dedo, chulo maestríto.

—¡Friolera! exclamó con afan Pablo, encendiéndole la cara. Me corté con los trapos engalanados de la Veloz y todavía estoy desangrándome.

Y diciendo esto, dió la vuelta y se ausentó del aposento.

(Concluirá.)

UNA VERDAD SALUDABLE.

Nada hay que el género humano se preste con mas trabajo á creer ó á admitir que una religion que condena las corrupciones de su naturaleza y refrena y mortifica sus deleites sensuales, por infinitamente excelente que sea la religion en sí y por absolutamente necesaria que sea para el hombre.

IMPORTANCIA

DE LOS GUANTES EN LOS TIEMPOS PASADOS.

El hecho de dar un GUANTE era antiguo una ceremonia de investidura al conceder terrenos y conferir dignidades. En el año de 1002 de la era cristiana dos obispos fueron puestos en plena posesion de sus sedes por medio de un GUANTE que fué entregado á cada uno.



ELLA estaba inclinada sobre don Juan, y parecia que su hermosa boca queria averiguar si respiraba él todavía. El calor suave de su mano acabó de llamarle á la vida. Su brazo gracioso suspendió la cabeza que tenia él caida y sobre su frente cubierta con la palidez de la muerte apoyó una mejilla en que brillaban la frescura y el colorido de la rosa.

Su frente estaba adornada con alhajas de oro que brillaban sobre el ébano de su cabellera, la cual descendia en bucles pendientes hasta los piés. Su estatura era bastante alta para una mujer y en su fisonomía se notaba una expresion de autoridad que indicaba ser ella persona de alta jerarquía en aquella comarca.

Sus ojos todavía mas negros que sus cabellos, estaban ocultos bajo unos largos párpados.

Su frente tenia la blancura de la nieve, los colores de sus mejillas se parecian á los de las nubes de la tarde, que el sol al ponerse tiñe de color de rosa. Sus labios

Don Juan, habiéndose embarcado con destino á Cádiz, naufragó y fué arrojado á una playa desconocida, por las olas y los vientos. Haida le recogió, le albergó en una gruta y le sustentó, llegando á prendarse de él en breve tiempo.

de coral... labios hechiceros, cuántos suspiros nos costais!... En una palabra, ella hubiera podido servir de modelo á un estatuario.

Tal era la SEÑORA DE LA GRUTA. Sus vestidos se diferenciaban de los de las españolas; eran mas sencillos, pero de un color menos vivo, porque se sabe que las hermosas castellanas destierran de sus adornos todo color brillante: tenia diferentes colores y era de un tejido muy fino. Sus cabellos caian naturalmente al rededor de su frente; pero el oro y las piedras preciosas brillaban con profusion en medio de sus sueltos bucles. Su cintura tenia un lazo de diamantes, y su velo era de los mas ricos encajes. Sus hermosos dedos estaban adornados con sortijas de gran precio; pero lo que habia de chocante era que sus piernas estaban desnudas, aunque sus pequeños piés, blancos como la nieve, estuviesen encerrados en los zapatos.

Esta era la hija única de un viejo que vivia en aquella isla. Habia sido pescador en su juventud, y todavía era una especie de pescador; pero otras atenciones le atraian al mismo tiempo á recorrer los mares: especulaciones ciertamente menos honrosas que la pesca. Un poco de contrabando y un poco de piratería le habian